

A finales de la Edad Media y en la época Moderna cuando estallaba una epidemia se incrementaba de manera brutal el número de víctimas mortales y los cementerios intramuros se quedaban pequeños. En tales casos, lo que se hacía era abrir en determinados lugares grandes fosas comunes, los populares carneros, donde se depositaban los cuerpos de los fallecidos que se habían ido recogiendo y transportando hasta ellos en andas o, más frecuentemente, en carretas. Sólo en Sevilla, la peste de 1649 se llevó por delante a más de la mitad de su población.

La muerte masiva

Mortandades y enterramientos en épocas de pestilencias

JUAN IGNACIO CARMONA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

AH
ABRIL
2009
40

Ante el azote de una epidemia de peste dependía de las necesidades del momento el que se formara un mayor o menor número de unas enormes sepulturas colectivas o carneros, teniéndose que abrir varias de ellas si las circunstancias así lo requerían. Especialmente, a raíz de las intensas pestilencias que se dieron desde mediados del siglo XIV en adelante, se hizo imprescindible la apertura de carneros, que se localizaban en distintos lugares de los extrarradios urbanos, aunque en las cercanías, para facilitar así el traslado de los muertos. A modo de primer ejemplo podemos señalar que, con motivo de la peste que diezmó a la población de Sevilla en 1363, inicialmente se tuvieron que abrir varias hoyas anchas y profundas en la zona del Arenal para dar cabida a los montones de cadáveres insepultos que yacían en las plazas y calles del recinto amurallado, siendo necesario poco tiempo después abrir otras más en el Prado de San Sebastián y en las afueras de la puerta del Osario. Esta práctica se repetiría desde entonces cada vez que se propagaba por la ciudad uno de aquellos violentos contagios.

Si la epidemia era grave, en sus inicios los muertos eran abandonados o se enterraban apresuradamente en cualquier lugar más o menos idóneo que se encontrase cerca de donde estaban los cuerpos ya sin vida. Remontándonos a los comienzos de la centuria del Quinientos, el cura Bernáldez describía respecto a la mortandad de la prima-

SI LA EPIDEMIA ERA GRAVE, EN SUS INICIOS LOS MUERTOS ERAN ABANDONADOS O SE ENTERRABAN EN CUALQUIER LUGAR

vera de 1507 en la capital hispalense que “acaecía muchas mañanas en la plaza de San Francisco hallar diez, doce, veinte y treinta pobres muertos de pestilencia y hambre, y los enterraban todos juntos en un hoyo”. En aquellos momentos de infortunio, también las fosas que se abrían en las parroquias acogían a un número impresionante de fallecidos.

Poco tiempo después, la hambruna y pestilencia que se padecieron por tierras andaluzas al comenzar la década de los 20, provocaron que en muchas villas y ciudades se volvieran a repetir situaciones muy dramáticas. En esta ocasión las noticias más expresivas, referidas a Jerez de la Frontera, las ofrecía un tal Juan Daza, del que poco se sabe salvo que observó personalmente la gran calamidad que por entonces se abatía sobre la citada localidad. Según hacía constar en su crónica, los cuerpos de los fallecidos aparecían abandonados por las calles, algunos eran arroja-

dos apresuradamente a las fosas comunes excavadas y a otros se les sepultaban superficialmente en los cementerios parroquiales y en los provisionales que se iban formando en los alrededores. Pero como la recogida de los cadáveres se llevaba a cabo por muy pocos individuos, ya que casi nadie quería ocuparse de tan peligroso trabajo y se hacía con bastante inquietud y de forma rápida, el resultado solía ser unas inhumaciones defectuosas que provocaban un olor nauseabundo y las consabidas escenas macabras, sobre todo cuando los animales escarbaban un poco en los nichos y despedaban los cuerpos sin vida.

PESTE E INMIGRACIÓN. Si en las bóvedas y camposantos parroquiales que acogían los restos de los numerosos feligreses cristianos que allí recibían sepultura ocurrían estos lamentables hechos, todavía era peor lo que se podía observar y padecer en los inmundos lugares de enterramiento a donde eran llevados los muchos musulmanes que estaban falleciendo a causa del hambre y del contagio. De acuerdo con lo apuntado por Daza, al igual que en las tierras andaluzas, en la zona norteafricana se venía sufriendo desde hacía unos años una fuerte crisis agrícola que estaba generando la llegada al sur peninsular hispano de un amplio contingente de moros que buscaban en territorio cristiano poder subsistir, aun a costa de perder la libertad, ya que, al parecer, incluso se ofre-

EN EL XVI, EL NORTE DE
ÁFRICA PADECIÓ UNA CRISIS
AGRÍCOLA QUE IMPULSÓ A
UN AMPLIO CONTINGENTE
DE MOROS A EMIGRAR A
TERRITORIO CRISTIANO

cían como esclavos para escapar de la miseria, del hambre y de la muerte.

La mayoría terminó por sucumbir: "Venían tan flacos y tan deformes de la gran hambre que allá habían tenido que era maravilla verlos y de estos dichos moros todos los más se murieron, que muy pocos escaparon así de la pestilencia como de otras enfermedades". Estos desgraciados no serían inhumados en suelo sagrado, sino que acabaron siendo sepultados en sitios sucios y asquerosos, en auténticos estercoleros.

La crisis mixta (de subsistencias y epidémica) de mortalidad extraordinaria que se padeció por Andalucía en 1521-1522 produjo gran número de bajas. Mucha gente murió entonces por inanición y afecciones, surgiendo una vez más el problema de los enterramientos. Al parecer, en tan sólo dos meses, del 23 de febrero al 23 de abril de 1522, en Sevilla fueron sepultadas 1.774 personas necesitadas en dos cementerios extramuros, a las que había que sumar las enterradas en los campos santos parroquiales y en los de los hospitales. Cuando aún no se habían apagado los rescoldos de la hecatombe, estalló el rebrote epidémico de 1524.

CÁRCEL DE APESTADOS. Según apuntaba por aquellas fechas el cronista Gonzalo de Molina, tras detectarse el estallido epidémico y dado que el número de afectados aumentaba rápidamente, las autoridades decidieron que lo más conveniente era aislar a



Detalle de *El triunfo de la muerte* de Pieter Brueghel, El Viejo (1562).



La peste de 1604 en Sevilla.

En el fondo de este cuadro anónimo aparece el Hospital de la Sangre o de las Cinco Llagas, en la actualidad sede del Parlamento Andaluz.

los que caían enfermos. A los damnificados se les obligó a ingresar en la llamada “cárcel de apestados” que se formó por la zona de San Bernardo, en un lugar extramuros y alejado del centro de la urbe para así intentar salvaguardar del contagio al resto de la población que aún no estaba afectada. Los cadáveres de los pacientes que perecían en esta morbería eran sepultados anónimamente en dos fosas colectivas que se habían abierto en las proximidades del prado de San Sebastián, tras ser llevados hasta allí por los operarios correspondientes, guiados a su vez por un único sacerdote y su acólito. De este modo, se procuraba evitar la presencia numerosa de personas en el cortejo funerario, pues se quería que el enterramiento de los apestados se llevase a cabo lo más disimulado y oculto que fuera posible.

Pero el contagio iba a más. La cantidad de infectados crecía y pronto se quedó pequeño el lazareto que provisionalmente se había formado para acogerlos, por lo que se hizo necesario acondicionar una enfermería más amplia. El lugar elegido fue un anexo del Hospital de la Sangre, que por entonces se edificaba (aunque ya funcionaba como tal nosocomio) en el vasto paraje que se hallaba extramuros frente a la iglesia de San Gil. En definitiva, el insuficiente lazareto de San Bernardo terminó siendo sustituido por este otro que se consideraba más adecuado por su localización, superficie y mayor disponibilidad de uso, y porque también contaba con más espacio.

En efecto, a partir de entonces, cada vez

que en la ciudad estallaba un brote epidémico el campo santo del Hospital de la Sangre servía para acoger a los cadáveres de los apestados, al igual que sucedía con el cementerio de la muy próxima leprosería de San Lázaro, situada al lado del camino que partía de la puerta de la Macarena, a escasa distancia de la parte trasera de dicho hospital. Si no bastaban estas necrópolis o si el elevado número de víctimas hacía necesario que se abrieran más anchas zanjas y amplias hoyas donde sepultar a los atacados que fenecían, se utilizaban para tal menester otros terrenos próximos. Así, a raíz de la epidemia que la capital sufrió en 1581, se tuvo que utilizar de forma extraordinaria, como lugar de enterramiento de los fallecidos, un terreno particular extramuros, en la zona de la Macarena, cercano al Hospital de la Sangre. Entonces se expropió parte de la propiedad que por allí tenía un jurado de la ciudad para usarla como carnero.

OTRA EPIDEMIA LETAL. Años después, a causa de la intensa y duradera epidemia de 1599-1601, se recrudecería el problema mortuorio. A pesar de las ampliaciones hechas en la superficie exterior y en las bóvedas subterráneas de los cementerios parroquiales y de los conventuales, las autoridades municipales no tuvieron más remedio que ordenar que se empleasen los cementerios de los principales establecimientos hospitalarios para sepultar a las innumerables víctimas que estaban pereciendo y mandar que se abrieran otra vez varias fosas comu-

Pestilencia en Jerez de la Frontera

■ “Por el mes de marzo eran tantos ya los que se morían de hambre y de otras enfermedades, que comenzó entonces la más bravísima que se vio, que no escapaban sino por maravilla y andaban hombres a enterrar aquellos cuerpos y eran tantos los muertos que no los podían enterrar a todos, y muchos se dejaban y los comían los perros y era tanto el hedor que no había hombre que anduviese por las calles ya que comenzaban a morir de pestilencia, y esto era por el mes de marzo (...) En el mes de abril y al final de él ya andaba la pestilencia y se encendía así como se enciende el fuego, y como entró mayo cada día iba creciendo en gran manera, que un día enterraban diez y otro día treinta y otro día cincuenta y otro día ciento, y así creció en tanta manera que al fin de este dicho mes hubo semana que se enterraron cuatrocientos cuerpos y más, y así iba creciendo cada día más en gran manera hasta la primera semana de junio que allí hizo cabeza, que hubo en esta dicha semana seiscientos cuerpos por cuenta de pestilencia y de modorra y de otras dolencias pestilenciales”.

Crónica de Juan Daza (1521-1522)

Fresco que representa el triunfo de la muerte, pintado a inicios del siglo XV para el Palazzo Abatellis de Palermo (Italia). Museo Regionale Della Sicilia.



nes en las afueras de la ciudad. Por este motivo algunos enterramientos se realizaron en los cementerios de los hospitales de la Sangre, de San Lázaro, de San Hermenegildo (vulgarmente conocido como del Cardenal o de los Heridos) y de Amor de Dios, estos dos últimos situados en el interior del recinto amurallado, aquél por la plaza de San Leandro y éste en la calle de su mismo nombre. Pero la mayor parte de los fallecidos tuvieron que ser trasladados y sepultados en los carneros extramuros de la Macarena, del Prado de San Sebastián o, en el más alejado de todos, el que se reabrió en el llano del Salitre, donde tiempo atrás estaba el "osario de los moros".

La letalidad de esta epidemia finisecular fue en verdad muy alta. Ya en los inicios del contagio, entrada la primavera de 1599, uno de los facultativos que atendía a los enfermos en el lazareto de la Macarena daba a conocer que cada día morían allí más de cincuenta, lo que suponía la tercera parte de los ingresados. Del recuento de muertos que se hizo por las 29 collaciones de la ciudad se de-

duce que también fueron muy numerosas las bajas entre el vecindario. Tales cifras indican que a lo largo del período abarcado las defunciones en el caserío se habrían elevado a un poco más de 3.300, las cuales unidas a las especificadas en las morberías de la Macarena y de Triana, que sobrepasaban las 6.500, daban un monto que se aproximaba a las 10.000.

Es una cantidad que hay que considerar como límite mínimo, ya que no tenemos datos de la "cárcel de apestados" de la Huerta del Rey (donde también falleció un indeterminado número de enfermos), ni de las bajas que presumiblemente se produjeron en los primeros momentos del ataque, ni tampoco las que se dieron en las postrimerías. Pese a estas limitaciones y aceptando que el contagio de 1599 pudo haber provocado algo más de 10.000 muertos, resulta interesante hacer constar que por entonces la ciudad contaba con una ingente población que superaría ampliamente los 100.000 habitantes, lo que supondría una pérdida por causa de la peste que quedaría por debajo del 10 por ciento.

La contrariedad mayor fue, sin embargo, que en 1600 se produjo un rebrote, del que no podemos aportar cifras de óbitos porque la documentación conocida no lo posibilita, aunque todo apunta a que tuvo que ser algo más benigno que el embate anterior. Por desgracia no sucedió lo mismo en 1601, año en que la peste volvió a rebrotar con una secuencia y letalidad similar a la de 1599, pudiéndose calcular en otras 10.000 las bajas que causaría.

EL AÑO FATÍDICO. Con todo, lo peor estaba por llegar. Sucedió en 1649, año fatídico en la historia de la capital hispalense a causa de la terrible epidemia de peste que se llevó por delante en tan sólo unos meses a más de la mitad de su población. Según una crónica de la época, esto fue lo que sucedió nada más detectarse el contagio: "Muy en breve se armó un hospital, y por la ayuda de muchas obras pías en el de la Sangre armaron muchas sillas que fueron conduciendo enfermos a dicho hospital, y tantos que en poquísimos días recogieron dos mil y más, que ocasionó que con morir tantos cada día, morían otros tantos en aquel campo, sin poder ser admitidos, que no había buque con ser tan grande el hospital, que es de los mayores de España".

La morbería del Hospital de la Sangre quedó pronto pequeña para acoger al elevado número de individuos que resultaban atacados por el mal. Al igual que había ocurrido con el embate pestífero de 1599-1601, se hizo necesario abrir un segundo centro de apestados en Triana, frente al monasterio de la Cartuja. Mientras tanto, el contagio se estaba extendiendo por todo el caserío e inevitablemente la mortandad y la urgencia de las inhumaciones de nuevo se hacían sentir. Anotaba un cronista: "Todos los días en Gradas amanecían doscientos, y muchas veces trescientos cuerpos. Y en la colegial de San Salvador, cientos de ordinario. A las puertas de las demás parroquias se hallaban todas las mañanas amontonados los cuerpos muertos, y con ser veintinueve

1649 FUE UN AÑO FATÍDICO EN SEVILLA A CAUSA DE LA EPIDEMIA DE PESTE QUE SE LLEVÓ POR DELANTE EN UNOS MESES A MÁS DE LA MITAD DE SU POBLACIÓN



Los carros fúnebres trasladaban cuerpos, ropas y enseres contaminados.

las de esta ilustre ciudad ni en cementerio ni iglesia ha quedado un palmo de tierra desocupado”.

Encontrar sitio adecuado donde enterrar a los incontables apestados que fallecían se convirtió realmente en un angustioso problema. Un testigo anónimo relataba así la información que en este sentido le había llegado. La situación llegó a ser muy crítica. Moría un incalculable número de personas y ya no había sitio para sepultarlas en los campos santos de las iglesias, de los conventos, de los hospitales, de las colegiadas y de la catedral. Las criptas y otros lugares de enterramiento de los templos estaban abarrotados de cadáveres. Otra muestra: las puertas de la zona del Sagrario de la Iglesia Mayor se tuvieron que cerrar totalmente en los primeros días de junio para evitar recibir cuerpo alguno, porque no había ningún espacio libre para inhumar, una vez que se hallaban repletas las tres naves funerarias allí existentes. Lo mismo sucedía en los varios carneros que se excavaron en el patio de los Naranjos.

SEIS CEMENTERIOS DE URGENCIA. A la vista de la gravedad que estaba alcanzando el asunto, la Junta de Salud Pública ordenó que se abriesen seis grandes cementerios, cons-

tituidos por amplias y profundas fosas comunes, en diversas partes del extrarradio de la capital, a saber: en las inmediaciones de algunas de las puertas de la muralla y siguiendo el recorrido casi circular de su trazado. Así se constituyeron el del Alto de Colón o de los Humeros, cerca de la puerta Real; el de la Almenilla, en la Barqueta; el del prado de San Sebastián, más allá de la puerta de Jerez; y los tres que se situaban respectivamente en las afueras de las puertas de la Macarena, de Triana y del Osario. Además, ya se encontraban funcionando los 18 carneros que se habían formado en el hospital de la Sangre.

Para trasladar los cuerpos sin vida a los cementerios, “se crearon unas cuadrillas de hombres que estaban en Gradas, y se alquilaban; estaban continuamente de día y de noche llevando los cuerpos muertos a di-

LA CANTIDAD DE FALLECIMIENTOS ERA TAN GRANDE QUE EL SERVICIO DE RECOGIDA QUE SE ORGANIZÓ RESULTÓ DEL TODO INSUFICIENTE

chos carneros, y siendo seis cuadrillas de a cuatro no bastaban”. Entonces hubo necesidad de recurrir a los fúnebres carros, que transportaban, llenos, hasta los depósitos mortuorios a la multitud de cadáveres que cotidianamente se recogía de las callejas, plazas y domicilios de la ciudad. Pero la cantidad de fallecimientos era tan grande que el servicio que se organizó resultaba insuficiente, todavía más desde el momento en que los vehículos no solamente trasladaban cuerpos, sino también ropas y enseres contaminados. Por lo demás, dada esta notable mortandad, ocurría que algunos cuerpos permanecían abandonados en la vía pública durante varios días, sin recibir sepultura, dándose el caso también de quienes enterraban a sus difuntos en su propia casa o en sus proximidades.

Más de 60.000 muertos. ¿Cuántos fueron en total los fallecidos? Vayamos por partes. La mortalidad que se registró en las dos grandes morberías sabemos que fue realmente alta. Según el autor de una de las relaciones, en la de Triana fallecieron más de 12.000 personas. Las cifras que daba para la de la Sangre eran todavía mayores: de 26.700 enfermos que entraron, murieron 22.900, por lo que no llegaron a 4.000 los que convalecieron y se salvaron; de los mi-



In ictu oculi. Óleo de Juan de Valdés Leal, 1672. Iglesia de la Caridad de Sevilla.

Estallido de la peste en Sevilla en 1568

■ “Como el mal iba creciendo, acordó el cabildo de la Ciudad y el asistente Don Francisco Hurtado de Mendoza, conde de Monteagudo, que se buscara una grande casa donde recogiesen y tuviesen todos los heridos, especialmente los pobres, que ya en todas las collaciones había muchos muertos, y la casa que más convenible hallaron fue un corral que estaba enfrente de San Bernardo, entre la huerta que dicen de Tabladilla y molinillo de Tagarete, y tenían puesta esta orden para traerlos (...) Los que fallecían los llevaban, tres y cuatro juntos, en un cañizo, hombres de la palanca, detrás de San Sebastián, donde estaban hechas dos sepulturas grandes, donde los enterraban, acompañándolos el cura de San Bernardo y el sacristán con la cruz, y no más clérigos”.

Descripción de Gonzalo de Medina.

nistros y sirvientes, expiraron más de 800; de los seis médicos que hubo, sólo quedó uno; de 19 cirujanos, quedaron vivos 3, y de 56 sangradores, sobrevivieron 22. Pero, como advertía el anónimo informante, “este es el número de los que sólo murieron en el hospital, que en los arrabales, vecinas huertas y campos comarcanos se hallaban infinidad de difuntos y enfermos que venían a curarse al hospital desde los lugares de la jurisdicción de esta ciudad, y murieron tantos como queda dicho en el hospital”.

De las fosas comunes hay constancia de algún que otro testimonio esclarecedor, como el que revela que en los múltiples carneros formados en el que durante mucho tiempo se llamó prado de San Sebastián se enterraron más de 23.000 cuerpos. Pero no sabemos cuántos fueron depositados en las otras zanjas mortuorias que se excavaron con profusión en distintas zonas extramuros, ni tampoco los sepultados en las iglesias, conventos y hospitales. Son muchas, por consiguiente, las dificultades que se presentan cuando se pretende establecer, aunque sólo sea de una forma aproximada, la cuantía global en pérdidas humanas que ocasionó la catástrofe. Con todo, resulta conveniente intentar dilucidar la cuestión. Domínguez Ortiz pensaba que, probablemente, el número total de fallecidos habría llegado a 60.000, la mitad de la población sevillana de aquel tiempo, de acuerdo con su propia estimación. Basaba el cálculo en

el dato de los 23.543 cuerpos que se decía fueron enterrados en los carneros de San Sebastián, y en el comentario que aparecía en una relación acerca de que éstos eran tantos como se habían sepultado en todos los demás abiertos extramuros, lo que supondría en su opinión unos 47.000 inhumados en carneros, a los que se debían añadir los enterrados en las iglesias. Por consiguiente, le parecía que el total resultante habría estado sobre los ya citados 60.000 muertos.

MÁS DE 60.000. Por nuestra parte, el cómputo que nos sale supera dicha cantidad. Partiendo de las cifras aportadas por diversas fuentes, la recapitulación que hacemos es la siguiente. Los fallecidos en la morbería del hospital de la Sangre ascendieron a unos 23.000, y en la de Triana a más de 12.000,

sumando por tanto entre ambas unos 35.000. De la lista de bajas cuantificadas entre los eclesiásticos que suministraba la *Copiosa relación...* se extrae que, realizando una sencilla agregación de las anotadas expresamente, como mínimo perecieron alrededor de 900, aunque en realidad fueron muchos más, ya que no se especificaba el elevado número de víctimas que hubo en algunos conventos, ni el de los curas de las parroquias, que según se indicaba, murieron casi todos (algunas fuentes hablaban nada menos de que pudieron ser más de 5.000). Así pues, no es excesivo considerar que entre los eclesiásticos aludidos se superase la cifra de 1.000 desaparecidos. Además, de los sepultados en los carneros abiertos en la zona de San Sebastián, podemos contabilizar más de 23.000, y en la información que daba Caldera de Heredia aparecía la mención de cerca de 800 víctimas civiles.

En definitiva, con tan sólo sumar las cantidades referidas se alcanza la cifra de 60.000 pérdidas. Pero murieron más, ya que no está contabilizada la elevada cantidad de cadáveres depositados en las fosas comunes de extramuros y en las bóvedas y cementerios anexos de las iglesias, conventos y hospitales. Por todo ello, se nos aparece como corta dicha cifra y estimamos que se superarían con creces las 60.000 bajas. En cualquier caso, ciertamente fue una gran hecatombe la que se produjo. ■

Más información

Betrán, José Luis

Historia de las epidemias.

La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.

Carmona, Juan Ignacio

La Peste en Sevilla.

Ayto. de Sevilla, Sevilla, 2005.

Defoe, Daniel

Diario del año de la peste.

Alba, Barcelona, 2006.